

*Estos nuestros actores  
Como os lo anunciaba, eran todos espíritus  
y se han desvanecido en el aire.  
En el aire ligero.*

Nuestra exposición del mundo exterior debe ser necesariamente una «Algarabía» de actores irreconocibles que ejecutan acciones irreconocibles ellas también. ¿Cómo podemos en estas condiciones llegar a saber algo? Debemos buscar un dato que no se refiera ni a los actores ni a sus acciones, pero del que los actores y las acciones sean el vehículo. El conocimiento que podemos adquirir es el de un cañamazo en el que las acciones están, por decirlo así, «bordadas». Creo que un artista comprenderá en parte lo que quiero decir. ¡Quizás está aquí la explicación de las «algarabías» que vemos colgadas en las paredes de las exposiciones de arte! Este reino, fuera de las conciencias individuales en el que se localizan las causas comunes de las estructuras sensoriales de diversas conciencias se llama «mundo exterior» y nuestra costumbre de visualizar la estructura, nos dificulta la comprensión de su abstracción esencial; ya que los contenidos estructurales de diferentes conciencias no son del todo independientes entre sí.

Cierto que es necedad condenar todo lo viejo por el solo hecho de serlo. Pero mayor necedad es todavía elogiarlo por esa razón sola. La pasión sostiene el fondo del universo y el genio pinta su techo, y no es más que una muy miserable imparcialidad, aquella que permite quedarse fuera de lo que se trata, sin hallarse conmovido por ninguna emoción; el buen juez, lo mismo que el dramaturgo y el escritor, descubre la verdad subjetiva contenida en cada una de las demandas, y su veredicto es la síntesis y no el repudio de estas verdades fragmentarias. Dicho de otra manera, la objetividad supone el equilibrio y no la ausencia de emoción. Cuando se encienden fanales, señal de que el sol no va a salir; y así como Dios hace existir para suyo las participaciones creadas de su esencia, así también el artista se pone él mismo —no lo que vé, sino lo que és— en lo que hace. Por eso, quién considera las miríadas de paisajes que Dios firma en cada onda de luz, un rostro cualquiera de animal o de hombre, vé que son propiamente INIMITABLES, y que hay más humildad en continuar a nuestra manera el impulso creador, que querer igualar su efecto en una imagen.

Santiago LAGUNAS.

